

LA ENCLÍTICA *TE* EN LOS DIALECTOS EOLICOS

Ever since the first studies of the labiovelar stops in Greek, the abnormal dental stop of the enclitic particle in the Aeolic dialect —*τε* instead of the expected **πε*— has been a controversial and not yet resolved problem. The author of this note believes that there are reasons or criteria for phonematic distribution which can account for the phonetic irregularity: the distribution rules in Greek prevent, as seen in **τίτκω* > *τίκτω* cf. *ἔτεκον*, stop groups of which the second element is not a dental stop; perhaps IE. **kʷe* shifted to Aeolic *τε* as the only possible form when a stop-ended word preceded the particle. The existence of *τε* in other contexts may be a fact of secondary order: it prevailed over the also possible **πε* because of its validity in any phonic surrounding (i. e. -V + *τε* and -C + *τε*, but never -C + ***πε*). The view here stated presupposes the preservation of the final stops when the labiovelars changed into dental and labial stops; the Mycenaean Greek, which preserves to a great extent the IE labiovelars, provides, because of its very imperfect writing system, no evidence against or in favour of the views which the author holds.

En esta nota presentamos un intento de explicación de por qué los dialectos eólicos presentan *τε* y no *πε* para la enclítica indoeuropea **kʷe*. Tal intento supone que nos mantenemos dentro de las tesis tradicionales sobre la evolución de los fonemas labiovelares en los dialectos griegos, pero no es en modo alguno oposición directa y polémica a las tesis de Szemerényi, *The labiovelars in Mycenaean and historical Greek* (pp. 29-52 de *SMEA* 1, 1966): nosotros partimos de la aceptación de unas bases que Szemerényi ha subvertido por completo, su tesis y la nuestra son irreductibles, pero no se enfrentan directamente.**

La eliminación de los fonemas labiovelares, iniciada ya en micénico y consumada cuando se inicia la documentación del griego del primer milenio, puede ser quizá el mejor ejemplo, en cantidad y calidad de datos, de cómo la regularidad fonética entra en colisión con otras regularidades, o, con otras palabras, de cómo la noción de contexto ha de entenderse y aplicarse con mucha más amplitud que el señalar, según áreas espaciales y etapas temporales, resultados labiales o dentales en función del timbre vocálico que sigue a la labiovelar, resultados guturales en virtud de disimilación entre un timbre *u* (¿y *o*?) y el apéndice labial. La regu-

laridad fonética comporta un buen número de excepciones que devienen *aparentes*, si se consideran otros contextos que el de la contigüidad o proximidad de sonidos (o fonemas): la primera articulación impone su propia regularidad, a costa de la fonética, a través de lo que llamamos analogía morfológica (por ejemplo, λείπεις, λείπει, etc., según λείπω, λείψω, λείπομεν, etc.) o léxica (por ejemplo, βέλος según βάλλω, βόλος); una y otra analogía persiguen una regularidad que, no por más o menos laxa, es menos real que la fonética. En algún caso el recurso a la historia externa de la lengua da razón suficiente de la irregularidad: el préstamo, a nivel literario o al conversacional, de unos dialectos a otros explica por qué encontramos labial donde esperábamos dental, y lo contrario.

Aplicando todo lo dicho y dejando de lado casos dudosos u oscuros en su etimología no se obtiene todavía un cuadro enteramente satisfactorio, y en especial son el interrogativo-indefinido τίς y la enclítica τε en los dialectos eólicos una verdadera *crux* para la teoría tradicional, según la cual deberíamos tener **πίς y **πε como formas regulares.

Vamos a intentar una explicación de la dental en la enclítica dentro de lesbio, tesalio y beocio; tal vez, si logramos convencer, hayamos dado también con la explicación del indefinido τίς, y sin necesidad de considerar el interrogativo τίς como secundario, en cuanto a su forma fonética, respecto a aquél. Pero antes de entrar en materia advertiremos que es obvio que no hay analogía morfológica o léxica que den razón de que el eólico nos presente aquí dental y no labial; tampoco parece lícito pensar que τε y τίς sean préstamos de otros dialectos: Schwyzer, *Gr. Gr.* I, p. 300, tiene por «bedenklich» la aplicación a nuestro caso del argumento del préstamo, que a Brugmann-Thumb, *Gr. Gr.*, p. 136, les parece «wenig einleuchtend» en su aplicación general e indiscriminada.

Por otra parte, es una constatación, pero no una explicación suficiente, el hacer ver que τίς es átono —así, Schwyzer, o. c., p. 300— o, respecto a τε, que «ici encore un mot accessoire connaît un traitement phonétique spécial» —Lejeune, *Phon. hist. du myc. et du grec. ancien*, p. 49—. Otros autores y manuales bien conocidos y usados —Grammont, Meillet-Vendryes, Bartoněk, etc.— no intentan explicación alguna; otro tanto puede decirse de los diccionarios etimológicos.

Nuestro punto de partida será el fonológico; si la explicación que ofrecemos tiene algún viso de credibilidad, se verá que τε (y τίς) en eólico son fonéticamente irregulares, pero fonológicamente regulares. Ello no supone que Fonética y Fonología se contrapongan, sino que ésta llega más allá que la primera, atiende a condicionamientos y hechos que la Fonética pasa por alto; es más, no hay tal irregularidad fonética: la

Fonología descubre caminos y soluciones que son también fonéticos, aunque la disciplina de ese nombre los haya desconocido o descuidado.

También nosotros nos referimos al carácter átono de la enclítica, pero no a tal carácter en sí mismo, sino a que τε carece de independencia, digamos que no es «a minimum free word», y ha de apoyarse en la palabra que le precede, con la que forma unidad plena: suponemos que en la unión de la enclítica con la palabra precedente rigen las mismas reglas de distribución de fonemas que, por ejemplo, en interior de palabra; una limitación bien conocida y de fundamentación claramente económica es que dos fonemas oclusivos con distinto punto de articulación solamente pueden formar grupo si el segundo es dental: las metátesis que vemos en τίκτω (cf. ἔτεκον), en δάκτυλος —si sigue siendo válida la etimología tradicional, cf. los diccionarios de Frisk y Chantraine—, en τίπτε —si es cierto que **h²it-pe* < **h²id-pe* es su forma originaria; para χθές, para χθών (cf. χαμαί) puede verse en cualquier diccionario etimológico que hubo o metátesis o pérdida de la dental inicial; en Frisk puede verse bibliografía sobre πτόλις y πόλις, πτόλεμος y πόλεμος, explicándose π- como pérdida de **t-*, πτ- como resultado de metátesis de **tp-*. En definitiva, parece fuera de duda que tal limitación a la distribución de fonemas oclusivos es antigua y responsable de un cierto número de metátesis.

Otro punto a tener en cuenta es que consideramos que el cambio fonético es también fonológico en cuanto puede recibir impulso y dirección (o restricción, en su caso) desde el sistema fonológico y las tensiones o necesidades en él existentes; en realidad, las metátesis que acabamos de citar son un ejemplo claro de lo que ahora exponemos, y nos interesa llamar la atención sobre conceptos como el de «salto», que ejemplificamos con procesos como **p_i* > πτ en griego antiguo¹. En nuestro caso concreto creemos poder postular que la evolución de un fonema es dirigida —es decir, alentada o impedida, desviada, ...— desde y por imperativos de la distribución y del sistema.

Tampoco olvidamos que la primera articulación puede detener, impulsar, dirigir, ... los cambios que ocurren en la segunda: lo que en la Fonética y Morfología preestructurales era el capítulo dedicado a irregularidades aparentes resolubles con el expediente de la analogía, hoy ha ampliado y depurado sus métodos y campos de aplicación. Sobran ejemplos en la evolución de los fonemas griegos de cómo ésta puede ser distinta, darse o no darse, según el o los fonemas en cuestión se encuentren o no en juntura morfológica, pertenezcan a unos u otros elementos en

¹ Cf. Lejeune, o. c., p. 79.

que se analiza la palabra, etc. Bástenos con dos ejemplos bien conocidos: uno, la distinta evolución de $*-t(h)_i-$ en μέσσος (> μέσος), ὄσσος (> ὄσος) y en κρέσσων (at. κρείττων), etc.¹; el otro, la explicación dada por Kuryłowicz², para griego κτ, χθ, φθ = ai. Ks, etc.: $*ks$ evoluciona o se mantiene según contexto morfológico. Por nuestra parte suponemos que en el encuentro de la enclítica con la palabra precedente hay una juntura morfológica que puede entrañar restricciones o direcciones «irregulares» a la evolución de los fonemas que en ella se encuentran.

Aunque no tengan una relación directa con nuestro tema, vamos a citar unas palabras de Brugmann-Thumb, o.c., p. 136, lingüistas poco sospechosos de defender la irregularidad de la ley fonética; son palabras que compartimos en cuanto nos presentan un concepto de analogía que va más allá de admitir una regularidad fonética inicial y suplantada, después de cumplida, por imperativos de la primera articulación: «Lautgesetzlich war λείπω, $*-τεις$, $*-τει$, $-πομεν$, $*-τετε$, $-πουσι$, doch hat jedenfalls die Ausgleichung schon stattgefunden, ehe die Entwicklung von k^* zu τ gekommen war». Podría decirse que hay una irregularidad fonética que desaparece, se subsume, en una regularidad de la lengua como unidad, como un todo cuyo análisis no es sino una limitación impuesta por nuestros métodos y capacidad de investigación.

Para que ide. $*k^*e$ desemboque en τε dentro de jónico-ático y griego occidental no hay inconveniente o restricción alguna de orden fonológico; pero creemos que sí los había para que desembocase en el regular $**πτε$ esperable en el griego eólico. Tendríamos estas posibilidades teóricas:

a) la enclítica apoyada en palabra terminada en vocal, líquida o nasal, silbante: sería posible y esperable $**πτε$.

b) la enclítica apoyada en palabra terminada en oclusiva labial (P), gutural (K) o dental (T); si suponemos que está vigente la restricción a la distribución que ya comentamos, nos encontramos con que:

1) en $-P + *k^*e$ podría pensarse en $-P + **πτε$; este supuesto carece de importancia porque son inexistentes o muy raros —o de uso poco frecuente— los casos en que una labial era final de palabra: se limitarían a temas nominales puros, no hay morfema nominal o verbal con $-P$.

2) en $-K + *k^*e$ y en $-T + *k^*e$ sería imposible que $*k^*e$ pasase a $**πτε$; el único fonema oclusivo que estaría al final del cambio sería /t/.

A $-K$ se le puede aplicar lo que a $-P$, aunque tal vez un final $-K$ no era tan raro como $-P$. Para $-K + **πτε$ hacemos ver que una metátesis no remediaría nada.

¹ Cf. Risch, «Die Gliederung...», *MH* 12, pp. 61-76, 1955.

² *BSL* 68, 1973, pp. 93-103.

En $-T + *k^#e$ no habría otra solución posible que $\tau\epsilon$ para la enclítica; el pensar en $-T + **\pi\epsilon$ con metátesis ($-\pi + \tau\epsilon!$) se nos antoja imposible de acuerdo con lo dicho sobre el cambio fónico impedido por razones de orden morfológico: piénsese que esa $-T$ sería —temas puros aparte— una desinencia, un morfema; su alteración se vería impedida por la presión de otros supuestos o contextos en los que el morfema era estable en su forma fónica y, además, por una tendencia económica, la de no oscurecer y/o multiplicar innecesariamente los significantes.

Piénsese ahora que los supuestos de $-T$ fueron no escasos y de uso frecuente: desinencias $-t$ y $-nt$ en el verbo, $-d$ en la flexión pronominal, temas puros en dental, ya adverbios, preposiciones (también con $-K$): son hechos tan normales y frecuentes que nos eximen de aducir ejemplos.

Hasta aquí hemos alcanzado dos posibles formas para la evolución de ide. $*k^#e$ en griego eólico: una, $**\pi\epsilon$, fonéticamente regular y esperable, pero no documentada, posible en una serie amplia —y ciertamente la más frecuente— de contextos, pero imposible en otros, no despreciables ni por su frecuencia ni por los morfemas que los constituyen; la otra, $\tau\epsilon$, fonéticamente irregular y única documentada, posible en cualquier contexto y, muy importante, única posible en algunos.

Parece imposible, además de superfluo, decidirse de modo unívoco en favor de alguna de estas posibilidades: I) coexistencia de $**\pi\epsilon$ y $\tau\epsilon$, eliminándose la primera forma —regularización secundaria de orden económico— por su incapacidad para figurar en determinadas distribuciones. II) existencia desde un primer momento de una única forma $\tau\epsilon$, resultado de $*k^#e$ en cualquier contexto; recuérdese lo que dijimos sobre la analogía como fuerza que actúa antes y de forma distinta que eliminar una evolución fonética ya cumplida, como fuerza que impone desde un principio una evolución fonética ya irregular. Tanto para I) como para II) no faltarían paralelos; baste con citar alguno de los muchos casos de existencia de dobletes y eliminación de uno de ellos con extensión o regularización del otro: la repartición de las partículas modales según dialectos, de acuerdo con las conocidas tesis de Palmer y Forbes; la de $\kappa\acute{\alpha}\iota$ frente a $\kappa\acute{\alpha}\varsigma$, tanto si se sigue a Wyatt jr.¹ como a Ruijgh²; en el capítulo mismo de la evolución de las labiovelares tenemos formas como tes. $\kappa\iota\varsigma$ o las jónicas con κ - que se estiman como producidas en un contexto específico (timbres u , o que provocan la

¹ «Arcado-Cypriote $\kappa\acute{\alpha}\varsigma$ » *Glotta* 42, 1964, pp. 170-182.

² Páginas 331-2 de *Études du grec mycénien*.

pérdida del apéndice labial) y generalizadas a costa de posibles concurrentes.

En cuanto a la idea de salto en la evolución fonética, la hemos traído a colación porque entendemos que, iniciado el proceso de eliminación de los fonemas labiovelares y, en consecuencia, producidos unos primeros cambios en su articulación que van a concluir por desembocar en fonemas labiales dentro del griego eólico, el sonido que se da en esos primeros cambios puede ser atraído hacia /t/ en ciertos contextos en los que es ese fonema el único posible o, cuando menos, el que mejor responde a las necesidades y tendencias de la distribución y del sistema: tal ocurre cuando a la labiovelar le precedía otra oclusiva. En cuanto a la verosimilitud del mecanismo fonético que proponemos, no tenemos mayores dudas, si atendemos a que en la solución labial hay un adelantamiento total de la oclusión (gutural → labial) y ese mismo adelantamiento, pero limitado, se da en el salto que postulamos (gutural → dental).

El lector que nos haya seguido hasta aquí echará en falta los ejemplos concretos. Digamos que ni vamos a inventarlos ni vamos a echar mano de textos en los que tendríamos que proceder a reconstrucción fonética y morfológica; bástenos con decir que referirse a formas verbales con desinencias secundarias *-t* y *-nt*, al encuentro de formas pronominales en *-d* con **k^he*, o al de preposiciones, apocopadas o no, con oclusiva final y **k^he*, etc., no es inventar posibilidades o dar relevancia y frecuencia a posibilidades reales pero mínimas. Por otra parte, queremos evitar el riesgo de errar en la elección de ejemplos, micénicos o posteriores: nos referimos a la polémica sobre mic. *-qe* y su interpretación, su relación con el τε posterior, la posibilidad de que en éste puedan rastrearse orígenes y/o valores diferentes. Ni entramos en tal polémica ni nos animamos a ejemplificar con un *-qe* micénico que pudiera no ser el **k^he* indoeuropeo y el τε histórico, o con un τε que pudiera no remontarse a ide. **k^he*; en cualquier caso es seguro que la enclítica τε, equiparable a todos o a parte de los *-qe* de las tablillas, responde, totalmente o en parte, a un ide. **k^he*, lat. *-que*, ai. *-ca*, etc.

Desde el comienzo de la exposición está claro que suponemos que, cuando los dialectos eólicos eliminaron las labiovelares, todavía se mantenían las oclusivas finales en griego o, al menos, en dichos dialectos. Más todavía, si se supone que hubo coexistencia de ***πε* y τε, hay que admitir que el proceso de imposición de τε a costa de su concurrente se explica mucho mejor, o incluso únicamente, con la vigencia de la prohibición de distribuciones como **ēst **pe* o **ek **pe*; menos verosímil sería que se optase por τε cuando ya no había restricción alguna para el más frecuente ***πε*; se dijo también que no hay obstáculo para suponer que

desde un principio hubo solamente τε para cualquier distribución o contexto como consecuencia de la restricción operante en alguno de ellos.

Es muy importante señalar que, si enclítica y precedente forman unidad fonética, en **ébheréth^ke*, **ébherónth^ke*, etc., las oclusivas no eran finales, no tenían, pues, que desaparecer; es imaginable un estadio en que conviven **ébhere* y **ébheret*, generalizándose luego la primera por más frecuente y porque la segunda estaba condicionada a contextos específicos en que -t dejase de ser final. Creemos que la posible existencia y pervivencia de formas nominales, pronominales y verbales con su oclusiva «final» mantenida por la enclítica hace más viable nuestra sugerencia.

En cuanto a que la alteración de las labiovelares se haya iniciado cuando todavía subsistían las oclusivas finales —ya en forma absoluta, **ébheret* ya en la relativa, **ébheréth^ke*—, nuestro único punto de referencia puede ser el estado de lengua que encontramos en las tablillas micénicas, dicho sea sin prejuzgar relaciones entre micénico y eólico; de otro lado puede apoyarnos también algo el que difícilmente se podrá considerar a lesbio, tesalio y beocio como avanzadillas, como dialectos innovadores en general.

¿Cuál es la situación en micénico?: «... On admet en général que ces occlusives (finales) sont déjà amuïes à date mycénienne. Mais, en vérité, nous n'en savons rien. Aucun fait de sandhi n'est pratiquement noté par nos scribes. ... C'est-à-dire que tout dépend des règles rotographiques que nous attribuons au mycénien... Or, dans le cas d'une occlusive final héritée par le grec, mais disparue au premier millénaire, il y a cercle vicieux: on ne peut pas à la fois, valablement, affirmer (règle phonétique) que le mycénien n'a plus d'occlusives finales, sans quoi les scribes les eussent notées, et affirmer (règle orthographique) que les occlusives finales auraient dû être notées en mycénien, leur seule inexistence empêchant que nous en ayons des exemples»: estas palabras son de Lejeune, pp. 240-241, cap. LIV, de *Mémoires de philologie mycénienne*, 3.^a S. (1964-68).

De Ruipérez¹ aprendemos que el estado de lengua de las tablillas micénicas puede caracterizarse por: 1) no haberse relajado la articulación de las implosivas (cf. *e-ra-pe-me-na* con -*pm-*, no -*mm-*); 2) no haber sustituido *dl-* por *gl-* (cf. *de-re-u-ko* frente a γλεῦκος); 3) no haber procedido todavía, muy probablemente, a la neutralización de

¹ «Le dialect mycénien», pp. 136-66 de *Acta Myceanaea* I (= *Minos* 11, 1972).

/n/ : /m/ en posición final absoluta (cf. *e-me*, *se-re-mo-*, como testimonios indirectos). Todos estos hechos se compendian en que el micénico no conoce todavía la tendencia a crear sílabas abiertas, en especial por relajamiento de las implosivas, ni quizá, como capítulo importante de ella, la pérdida de las oclusivas finales, que la comparación con otras lenguas indoeuropeas presenta estrechamente ligada al proceso de neutralización de /n/ : /m/ en posición final absoluta.

La hipótesis de que el micénico conservaba todavía las oclusivas finales quedaría ampliamente confirmada si tienen razón el propio Ruipérez y J. Vara cuando proponen («Le mycénien et les traces d'occlusives finales dans le texte homérique», *Minos* 13, 1973 [1972], pp. 192-196) que el texto homérico, a juzgar por ciertos hechos métricos, conserva huellas de una *-t* e incluso de una *-d* final.

En conclusión, hay un silencio de la ortografía que no decide en ningún sentido, pero hay indicios para decidirse en favor de que el micénico no había perdido las oclusivas finales. Nosotros nos atrevemos a suponer otro tanto para el griego protoeólico, entendiendo que la alteración de las labiovelares se inicia cuando todavía hay *-t*, *-k*, *-d*, etc.; y recuérdese lo dicho sobre la posible perduración de dichas oclusivas cuando estaban amparadas por una enclítica. Somos los primeros en darnos cuenta de que estas páginas no contienen otra cosa que una sugerencia quizá verosímil, y señalamos la dificultad que representa el que la lengua homérica no parece guardar rastro alguno de las oclusivas finales —por ejemplo, irregularidades métricas similares a las producidas por la caída de F—, mientras conserva formas cuya escansión normal obliga incluso a restituir **χ*.

Si hay algo válido en nuestra exposición, es fácil intentar su traslado a la explicación de la dental del indefinido-interrogativo, la cual tampoco encuentra solución con argumentos de préstamo, etc.; la posición enclítica del indefinido, el uso frecuente del interrogativo detrás del verbo, la unión frecuente y antigua del tema del demostrativo y del relativo con el del indefinido-interrogativo, etc., darían base suficiente para explicar por qué en eólico encontramos una dental, no la labial que esperaríamos. Por ejemplo, ὄπτι sería forma regular, frente a un imposible **ὄπτι o a un poco creíble **ὄπτι.

JUAN J. MORALEJO ALVAREZ